

Quando murió Jacob, dice la sagrada Escritura, *Genes. I, v. 15*, que fueron sus hijos á su hermano José, temerosos no quisiese vengar entonces las injurias que en vida del padre no habia vengado. Y dijéronle: nuestro padre á la hora de su muerte no deseó para sus hijos otro mayor bien sino que su hermano los perdona, y se olvide de las injurias pasadas; y nosotros tambien os suplicamos que perdoneis á vuestro padre esta maldad (1): *Nos quoque oramus ut servo Dei patri tuo dimittas iniquitatem hanc*. Es mucho de notar que las injurias no las habia hecho el padre; mas el amor paternal los yerros de sus hijos hace suyos. Así Cristo nuestro Redentor, por el grande amor que nos tuvo, los yerros y pecados nuestros hizo suyos; porque se cargó de ellos, y salió por fiador nuestro: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Et iniquitates eorum ipse portavit*, dice Isaías, *LIII, v. 6 et 11*. Pues vamos nosotros con esta misma embajada y petición al Padre eterno, y digámosle: Padre eterno, perdonad estos mis pecados á vuestro Hijo Jesucristo, que no dejó él cosa mas encomendada á la hora de su muerte: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*. *Luc. XXIII, v. 34*. Pues ¿quién con esto desconfiará de ser perdonado? *Habemus sanguinis aspersionem melius loquentem quam Abel*, ad Hebr.

(1) Vulgata correcta legit: ut servis Dei Patris tui.

c. XII, v. 24, dice el apóstol san Pablo: Tenemos la sangre de Cristo que está clamando y dando voces por nosotros mejor que la de Abel; porque aquella clamaba pidiendo venganza, pero la sangre de Cristo está clamando misericordia para aquellos por quien se derramó, y para aquellos mismos que la derramaron. Pues cuando el demonio os pusiere delante la muchedumbre de vuestros pecados y miserias para hacerlos desmayar y desconfiar, poned vos los ojos en Jesucristo: imaginad que él os toma luego por la mano, y os lleva delante de su Padre, y que responde y habla por vos como abogado y procurador vuestro; y que cubre vuestra confusion y vergüenza con los méritos y servicios que á su Padre hizo: y con esto cobraréis luego otro nuevo corazon, y vuestra desconfianza se mudará en esperanza, y vuestra tristeza en alegría; porque él es nuestra justicia, satisfaccion y redencion, como dice el Apóstol: *Qui factus est nobis justitia, et sanctificatio, et redemptio*. I ad *Cor. I, v. 30*.

San Ambrosio, l. 3 de virgin., dice: *Omnia igitur habemus in Christo, et omnia Christus est nobis. Si vulnus curare desideras, medicus est. Si febribus aestuas, fons est. Si gravaris iniquitate, justitia est. Si auxilio indiges, virtus est. Si mortem times, vita est. Si cælum desideras, via est. Si tenebras fugis, lux est. Si cibum quaeris, alimentum est*: Todas las cosas

tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseais ser curado de vuestras llagas, médico es. Si ardeis con calenturas, fuente es. Si os fatiga la carga de los pecados, justicia es. Si teneis necesidad de ser ayudado, fortaleza es. Si temeis la muerte, vida es. Si deseais ir al cielo, camino es. Si quereis huir las tinieblas, luz es. Si teneis necesidad de manjar, mantenimiento es. Todo lo que deseáreis y hubiéreis menester hallaréis en él. Y en otra parte dice: *Si in te insurrexerit lupus, petram cape, et fugit, petra tua Christus est: si ad Christum confugias, fugit lupus, nec terrere te poterit. Hanc petram quaesivit Petrus, cum titubaret in fluctibus, et invenit quod quaesivit, quia dexteram amplexus est Christi*. Ambr. l. 6 exam., c. 4. Si se levantare contra vos el lobo, tomad la piedra, que es Cristo; si acudís á él, huirá el lobo, y no os podrá ni aun espantar, cuanto mas hacer mal. Á esta piedra acudió san Pedro cuando en medio de las olas comenzó á temer, y luego halló lo que buscaba; porque le tomó Cristo de la mano, y le libró del peligro.

San Jerónimo, sobre aquello de san Pablo, ad *Ephes. VI, v. 10*: *De cetero fratres confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli*: Hermanos míos, de aquí adelante confortaos en el Señor y en el poder de su virtud, y vestíos de las armas de Dios para que podais resistir á

las asechanzas y tentaciones del demonio; dice que de lo que luego se sigue, y de todo lo que en la sagrada Escritura hallamos de Cristo nuestro Redentor, se colige claramente que todas las armas de Dios, de que nos manda vestir aquí el Apóstol, son Cristo nuestro Redentor. De manera que es lo mismo decir: Vestíos todas las armas de Dios, como si dijera: Vestíos de Jesucristo. Y va probando como Cristo es nuestra lorica, y nuestra celada, y nuestro arnés, y nuestro escudo, y nuestra espada de dos filos: *Utraque parte acuta*, Apoc. I, v. 16; II, v. 22, y todo lo demás. Y así las armas que nos habemos de vestir, y con que nos habemos de armar para resistir á todas las tentaciones del demonio, y para defendernos de todos sus engaños y asechanzas, y salir con victoria, son la virtud de Cristo. De manera que todas las cosas nos es Cristo, y todas las tenemos en él. Y para que mejor entendamos esto la Escritura divina le atribuye innumerables nombres y títulos, llamándole rey, maestro, pastor, sacerdote, médico, amigo, padre, hermano, esposo, luz, vida, fuente y otros semejantes. Así como el Apóstol dice que en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi*, ad *Colos. II, v. 3*; así tambien en él están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas;

porque en él está librado todo nuestro bien y remedio, y todas nuestras obras, si tienen algún merecimiento, es por él: teñidas en su sangre, son de valor; como le fue dicho á san Juan en el Apocalipsi, VII, v. 13, de aquella tan grande multitud que vió estar ante el trono de Dios, que no se podía contar, vestidos con vestiduras blancas y resplandecientes, y con palmas en sus manos: estos son los que lavaron sus vestiduras, y las blanquearon con la sangre del Cordero. Todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Cristo. Todos los bienes y dones que nos vienen, nos vienen por medio de él y por sus merecimientos. Por él somos libres de las tentaciones y de los peligros; por él alcanzamos todas las virtudes: finalmente, todo lo tenemos en Cristo y todo lo habemos de alcanzar por Cristo, y todo se lo habemos de atribuir á Cristo. Y así la Iglesia remata y concluye todas las oraciones y peticiones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, conforme á aquello del Profeta, Psalm. LXXXIII, v. 10: *Protector noster aspice Deus, et respice in faciem Christi tui*: Señor, concedednos esto por Jesucristo vuestro Hijo: perdonad nuestros pecados por el amor que le teneis, pues murió por ellos en una cruz: poned los ojos en aquellas llagas que por nosotros padeció, y tened de nosotros misericordia. Si los servicios de Abraham, Jacob y Da-

vid bastaban en el acatamiento de Dios para aplacarle y tenerle la mano que no castigase su pueblo; y no solo para eso, sino para que por respeto de ellos les hiciese muchos favores y mercedes, como vemos que el Señor lo hacia á cada paso: *Propter servum meum Jacob, et Israel electum meum, et propter David servum meum*, Isai. XLV, v. 4; IV Reg. XIX, v. 34; ¿cuánto mas hará el Padre eterno por Jesucristo su Hijo, en el cual tanto se agradó? *In quo mihi bene complacui*. Matth. XVII, v. 5. Y así dice el apóstol san Pablo: *Gratificavit nos in dilecto Filio suo*. Ad Ephes. I, v. 6. Y el mismo Cristo dice y nos asegura que cualquier cosa que pidiéremos al Padre en su nombre, se hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio*. Joan. XIV, v. 13.

¡Oh con cuánta razon dijo el Ángel á los pastores el dia que nació este Señor, y en ellos á nosotros! *Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus*. Luc. II, v. 10. Traigoos una nueva de grande gozo y alegría para todo el pueblo, que ha nacido hoy el Salvador para vosotros, que es Cristo nuestro Señor. Y no es un gozo este, sino muchos gozos y muchos bienes. Pregunta Orígenes: ¿por qué diciendo Isaías, LII, v. 7, en singular, *annuntiantis bonum*, refrién-

do san Pablo este lugar, dice en plural: *Evangelizantium bona*? Ad Rom. X, v. 15. Y responde: Porque Jesucristo no es solo un bien, sino todos los bienes. Él es nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, luz del mundo, verdad, camino, puerta del cielo, sabiduría, poder y tesoro de todos los bienes. Para nosotros nació y murió, para que nosotros vivamos. Para nosotros resucitó, para que nosotros resucitemos. Para nosotros subió á los cielos: *Vado parare vobis locum*, Joan. XIV, v. 2, dijo él; *et expedit vobis, ut ego vadam*. Joan. XVI, v. 7. Voy á prepararos el lugar, y conviéneos á vosotros que vaya. De allí nos envió el Espíritu Santo: *Dedit dona hominibus*. Ad Ephes. IV, v. 8. Y allí donde está sentado á la diestra del Padre, nos está haciendo continuos favores y mercedes. Dice San Cipriano, que para eso tambien le quedaron abiertos los agujeros de las llagas, para mostrar que los caños quedaron como fuentes, manando tesoros y gracias, y siempre están manando con grandísima liberalidad y no se pueden agotar. *Manus ejus tornatiles aureæ, plenæ hyacinthis*. Cant. V, v. 14. Tiene manos de oro y llenas de piedras preciosas, y como es maniroto, cuélanse por aquellos agujeros los dones. Pues concluyamos con lo que concluye el apóstol san Pablo: *Habentes ergo Pontificem magnum qui penetravit caelos, Jesum Filium Dei*, ad Hebr. IV, v. 14 et 16: Teniendo

un pontífice y un medianero é intercesor tan grande como á Jesucristo, Hijo de Dios, que penetró los cielos y está sentado á la diestra del Padre, y es igual con él: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ ejus ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno*: Acudamos al trono de la gracia y misericordia de Dios con grande confianza, que alcanzaremos perdon.

Del bienaventurado san Bernardo se lee en su historia que en una enfermedad grave que tuvo se arrobó, y estando como en éxtasis, le pareció que le llevaban delante del tribunal de Dios, y que el demonio le acusaba allí, y le hacia sus cargos, diciendo que no era merecedor de la gloria. Respondió el Santo: Yo confieso que no soy digno de la gloria eterna; mas á mi Señor Jesucristo se le debe, y posee el cielo por dos títulos: lo uno, por ser unigénito del eterno Padre y heredero del reino celestial; y lo otro, por haberle comprado con su sangre, obedeciendo á su Padre hasta la muerte: él se contenta con el primero de estos dos títulos, y ese solo le basta, y del segundo me hace á mí donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo, y así en eso tengo confianza. Con esto quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio y tribunal desapareció, y el Santo volvió en sí. Pues en eso habemos de confiar nosotros, y esa ha de ser toda nuestra esperanza.

Jacob vestido de las vestiduras de su hermano mayor alcanzó la bendición de su Padre. Vistámonos nosotros de Jesucristo nuestro hermano mayor, cubrámonos con las pieles de este Cordero sin mancha, valgámonos de sus méritos y pasión, y de esta manera alcanzaremos la bendición del Padre eterno.

CAPÍTULO II.

Cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la pasión de Cristo nuestro Redentor.

El bienaventurado san Agustín, serm. 32 ad fratres in eremo, dice: *Nihil tam salutiferum nobis est, quam quotidie cogitare quanta pro nobis pertulit Deus, et homo*: No hay cosa que tan saludable y provechosa nos sea como pensar y considerar cada día lo que padeció por nosotros el Hijo de Dios. Y san Bernardo, serm. 62 sup. Cant., dice: No hay cosa tan eficaz para curar las llagas de nuestra conciencia, y purgar y perficionar nuestra alma, como la frecuente y continua meditacion de las llagas de Cristo, y de su muerte y pasión: *Quid enim tam efficacax ad curanda conscientiae vulnera, nec non ad purgandam mentis aciem, quam Christi vulnerum sedula meditatio?* Y para todas las tentaciones, y especialmente contra las deshonestas, dicen los Santos que es singularísimo remedio

el acogernos á pensar en la pasión de Cristo, y escondernos en sus llagas. Finalmente, para todo hallaremos remedio y ayuda en la pasión de Cristo: *In omnibus non inveni tam efficacax remedium, quam vulnera Christi*, dice san Agustín, in Manual. c. 32. En ninguna cosa hallé tan eficaz remedio como en esto. Y san Buenaventura, collat. 7, dice: *Qui se attente, et devote in sanctissima vita, et passione Domini exercet, et omnia utilia et necessaria sibi abundanter ibi invenit, nec opus est ut extra Jesum aliquid querat*: El que se ejercita con devoción en la vida y pasión santísima del Señor, allí halla abundantemente todo lo que ha menester, y fuera de Jesús no hay que buscar. Y así vemos que los Santos y siervos de Dios han usado muy continuamente este ejercicio, y por este medio vinieron á alcanzar grande santidad y perfeccion.

Aunque no hubiese en este ejercicio otra cosa sino acordarnos de Dios, y traer á la memoria los beneficios que de su mano habemos recibido, y estar pensando en ellos, seria de mucha estima y valor delante del Señor; porque condicion es del amor hacer al que ama que desee y estime en mucho que la persona en quien tiene puesto su amor se acuerde mucho de él, y piense muy á menudo en las buenas obras que de él ha recibido, y que muchas veces trate y hable de estas cosas; y el que de veras ama, se agrada y gusta de ello mucho

mas que si la persona amada le enviase muchos presentes y dones de su hacienda. Lo cual vemos en una madre, señora principal y rica, que ama mucho á su hijo ausente, que si le dicen que el hijo se acuerda y trata mucho de ella, y que siempre le hallan hablando de los regalos con que le criaba, y de los beneficios y buenas obras que siempre le ha hecho, y de los trabajos que por él ha padecido, mas lo aprecia, y mas contento y gusto recibe en oír esto de su hijo, que si le enviase muchas piezas de seda y joyas de oro, sin tener memoria de ella.

Pues de la misma manera Dios nuestro Señor, que en todas las demás cosas guardó las propiedades y leyes del amor, tambien las guarda en esto, que es propiedad de los que mucho aman; y así desea y estima en mucho que siempre nos acordemos de él, y pensemos en él, y en los beneficios y maravillas que por nosotros ha obrado. Especialmente, que si nos ejercitamos mucho en la memoria de estos beneficios no se pasará mucho tiempo sin que se despierte en nosotros el deseo de servir de veras al Señor por ellos.

Blosio, c. 2 Mon. spiritual., refiere de la santa vírgen Gertrudis, que entendió del Señor que cuantas veces uno mira con devoción la imágen de Jesucristo crucificado, tantas es mirado amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Pues saquemos si-

quiera de aquí, que pues á él no se le hizo de mal el padecer por nuestro amor, que no se nos haga á nosotros de mal el acordarnos de lo que padeció por nosotros. De san Francisco, 6 part., lib. 1, c. 86 de su Crónica, se cuenta, que una vez andando él junto á Nuestra Señora de Porciúncula, llorando y lamentándose en altas voces, acertó á pasar por allí un hombre honrado, siervo de Dios que le conocia, el cual viendo al Santo tan triste y lloroso, pensando haberle sucedido alguna desgracia y trabajo, se llegó á él, y le preguntó qué tenia, ó qué le daba pena. Respondió el Santo con muchas lágrimas y sollozos: Duélome mucho, y lloro por los grandes tormentos y penas que dieron á mi Señor Jesucristo tan sin culpa, y de ver cuán olvidados estamos los hombres de tan sumo beneficio, habiendo nosotros sido la causa de su pasión.

CAPÍTULO III.

Del modo que habemos de tener en meditar la pasión de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasión que habemos de sacar de ella.

El modo que habemos de tener en la meditacion de la pasión de Cristo nuestro Redentor es el que los maestros de la vida espiritual enseñan comunmente que habemos de tener en la oracion. En el cual advierten que no se nos ha